



22 Noviembre.

Hoy hemos mantenido una extensa conversación. Estábamos bajo el cobertizo, sentados á lo largo de una escalera de mano que allí había; y á pesar de la frialdad del aire impregnado de lluvia que llegaba del bosque con perfumes de leña húmeda y de tierra empapada, experimentábamos, al respirar el libre ambiente, el placer que experimentarían dos marmotas al salir de su escondrijo.

Godeloup fumaba en una pipa muy rara que se ha hecho con la concha de un

caracol, y ponía en el fumar una exageración de sibaritismo y de contento no exento de malicia. A pesar de mis muchas ganas de fumar, me he negado varias veces á aceptar su tabaco, porque sé cómo se lo procura, y me temo tropezar con alguna borra del paño azul de que están hechos los uniformes prusianos. Me sorprendió abriendo las narices para percibir aquel buen olor á humo que me tentaba; y me dijo, con esa picaresca sonrisa de los campesinos que les hace entornar los ojos y les adelgaza el labio con cierta expresión maliciosa:

— Pero, vamos á ver; ¿decididamente no queréis fumar?

YO

— No, gracias. Ya os he dicho que no quiero probar vuestro tabaco.

GOUDELOUP

— ¿Porque he ido á cogerlo en los bolsillos de esos bribones? Pues sabed que estaba en mi derecho. Bastante me han robado

ellos antes, para que yo no pueda robarles ahora; y no han de ser, por cierto, unos cuantos puñados de tabaco los que me indemnizarán de la pérdida de todo mi trigo y de toda mi cebada...

YO

— Con la diferencia de que esas gentes os han dejado la vida, mientras que vos...

GOUDELOUP

— Sí, es verdad, me han dejado la vida; pero me quemaron la granja... ¡mi pobre granja! ¡Yo la había edificado... y mis ganados, y las cosechas de diez años que tenía acaparadas! Todo ello estaba asegurado de incendios, de granizo, de heladas y tormentas; pero ¿quién me había de haber dicho que tan cerca de París, con tanta contribución como nos hacían pagar para mantener buenos soldados, tenía que asegurar mi hacienda contra los prusianos? Ahora ya no tengo nada. ¿No son peores estas catástrofes que la misma muerte?... Ah, sí! me han de-

jado la vida esos miserables. Me han dejado con vida para que vaya por ahí de puerta en puerta pidiendo limosna con mi mujer y con mis hijos. Mirad: cuando pienso en eso, me invade la cólera, y sed de sangre, de venganza, de...

YO

—¿Cómo? ¿No estáis harto de matar?...

GOUDELoup

—No, todavía no... Y voy á confesaros una cosa, señorito Roberto. Sois muy bueno, me habéis acogido bien, y ciertamente no es para desdeñada en estos tiempos una chimenea como la vuestra. Pues así y todo, háy momentos en que me aburro en vuestra casa. ¡Es cosa tan buena esperar el paso de un bribón de esos, acecharlo, seguirlo, decirse "Todavía no..." y luego... ¡paf! saltarle al pescuezo y derribarlo!... ¡Otro que no comerá del trigo que me han robado!

YO

—Vos, á quien he conocido tan pacífico,

tan bueno, ¿cómo podéis hablar así, sin la menor emoción?



GOUDELoup

—Es cosa de creer que había dentro de mí una bestia feroz, y que la guerra la ha he-

cho salir... Debo decir, sin embargo, que la primera vez me emocioné. Era un soldado del tren de bagajes que encontré la misma noche de mi ruina. Golpeaba con todas mis fuerzas sobre el uniforme, sin darme del todo cuenta de que dentro había un hombre: luego, cuando sentí que flaqueaba aquel cuerpo tan grande, cuando sentí aquella sangre, aquel calor que me inundaba, entonces tuve miedo. Pero de pronto pensé en mis sacos de harina rotos en el corral de mi granja, y ya no sentí emoción alguna.

YO

— Puesto que tanto los odiáis, ¿por qué no procuráis entrar en París ó alistaros en los cuerpos de ejército que operan en provincias? Podrías batiros á pecho descubierto y cara á cara, y matar prusianos, no á traición, en los campos de batalla.

GOUDELoup

— ¿Ir yo á la guerra, señorito Roberto?... ¡Yo no soy militar! ¡Bien caro les costó á

mis padres librarme del servicio!... Yo no soy más que un campesino, un desgraciado campesino que se venga y que no necesita á nadie para que le ayude.

A medida que iba hablando, lo veía convertirse en el ser feroz á quien yo recogiera una noche para librarlo de la muerte. La expresión de sus ojos era terrible. Sus labios estaban contraídos. Sus crispados dedos buscaban un arma cualquiera.

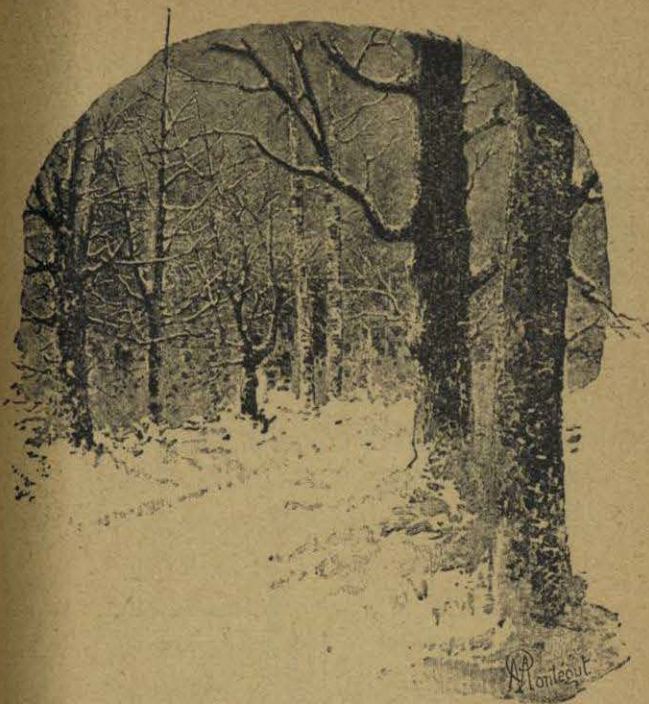
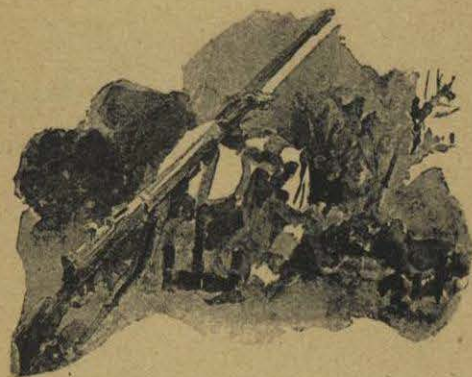




28 Noviembre.

Se ha ido. Me lo debía esperar. El miserable se aburría de no poder matar. Con la promesa de venir alguna noche á llamar á mi puerta, se ha internado en las tinieblas, menos siniestras aún que él mismo. Y he de confesar que, aun cuando era bruto, lo echo de menos. La soledad produce, á la larga, una torpeza, un adormecimiento de todo el ser, que tiene verdaderamente no poco de malsano. Hay en la palabra algo que hace

germinar ideas. A fuerza de hablar á aquel campesino de patria, de abnegación, he despertado en mí todo aquello que me empeñaba en hacer despertar en él. Ahora me siento otro completamente, y luego la curación, la conciencia de la fuerza que voy adquiriendo de día en día... Quisiera moverme, batirme..



30 Noviembre, 1.º, 2 Diciembre.

Un frío espantoso. Por la parte de París, el cañoneo retumba, con toda la sequedad del suelo y del aire. Jamás había oído yo nada semejante. Por momentos me parece que se acerca, porque distingo el fuego, los

desgarramientos terribles de las ametralladoras. En todos estos alrededores hay grande agitación y ecos de batalla. En la carretera, movimiento continuo de tropas... Corren á todo escape ordenanzas... A pesar del frío, salgo buscando los sitios donde mejor se oye el cañón y el fuego de fusilería. Algunas veces sueño que París sale de las trincheras, que el bosque está lleno de pantalones encarnados, y que yo me uno á ellos para reconquistar la Francia...



5 Diciembre.

Al incesante cañoneo de estos días pasados ha seguido un silencio de muerte. ¿Qué sucede? Estoy en una ansiedad horrible. ¿Si habría salido París de sus murallas y marcharía por estos caminos; si los prusianos, rechazados, derrotados, llenarían el bosque huyendo para acampar en otra parte? Pero, no. Desde ayer no hago más que recorrer en todas direcciones las cuatro leguas del bosque que me cerca como si fuese una muralla, y en vano pregunto yo á las carreteras silenciosas, sombrías como de costumbre. Desde lejos, á través de la arboleda, he visto, al acercarme á Montgeron, una compañía de soldados bávaros haciendo el ejercicio en

el descampado de una llanura inmensa. Alineadas tristemente bajo el cielo encapotado, revolvían con aire resignado el barro de aquella tierra muerta, privada de semilla. Evidentemente París no ha abierto agujero por donde salir; pero tampoco se ha vendido, porque esos soldados tenían aspecto bien triste para que se les pudiera tomar por triunfadores... Por encima de sus cabezas revoloteaban bandadas de cuervos que se dirigían hacia la gran ciudad dando graznidos y descansando en los repliegues del terreno. Jamás había yo visto tantos juntos; jamás, ni aun en los inviernos en que Francia entera estaba sembrada de trigo. Este año es otra simiente la que los atrae.

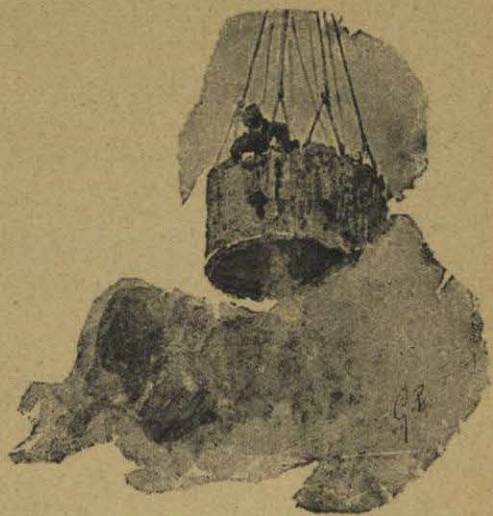


Era un globo...

el descampado de una llanura inmensa. Alineadas tristemente bajo el cielo encapotado, revolvían con aire resignado el barro de aquella tierra muerta, privada de semilla. Evidentemente París no ha abierto agujero por donde salir; pero tampoco se ha vendido, porque esos soldados tenían aspecto bien triste para que se les pudiera tomar por triunfadores... Por encima de sus cabezas revoloteaban bandadas de cuervos que se dirigían hacia la gran ciudad dando graznidos y descansando en los repliegues del terreno. Jamás había yo visto tantos juntos; jamás, ni aun en los inviernos en que Francia entera estaba sembrada de trigo. Este año es otra simiente la que los atrae.



Era un globo...



6 Diciembre.

¡Alabado sea Dios! París está todavía en pie y muy vivo. He tenido una magnífica prueba de su existencia.

Estaba yo esta mañana junto al brocal del pozo del claustro, cuando oí vivísimo fuego de fusilería por la parte de Draveil.

Casi en seguida un ruido singular, como el desgarramiento de la vela de un buque en alta mar, el esfuerzo del cordaje, que al

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RATES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

estirarse cruje, se oyó en el aire por encima de mi cabeza.

Era un globo, un precioso globo amarillo, muy visible sobre el fondo ceniciento de nubes. Desde donde yo estaba, parecíame que rozaba con los árboles, aunque en realidad estaba mucho más alto.

No puedo decir cuánto me ha conmovido, cuánto me ha entusiasmado la fragilidad de aquel globo de seda, del cual veía perfectamente la red que lo envolvía.

Y es que pensaba que por encima de esta Francia vencida se cernía aún el alma de París, una fuerza viva, más potente que todos los cañones Krupp reunidos; y á mí que soy parisiense, eso me reanimaba.

Tenía ganas de llorar, de gritar, de llamar. Levanté los brazos al aire hacia dos puntos negros que estaban inmóviles en el borde de la barquilla; dos vidas humanas, que iban siendo juguete de todas las corrientes del cielo, pasaban por encima de los ríos donde uno se ahoga, de los precipicios don-

de uno se estrella y de los ejércitos prusianos que desde allí arriba debían verse como inmensos hormigueros, agitándose á flor de tierra.

Una raya negra muy ligera se dibujó por debajo del globo. Oí en las ramas de los árboles un ruidillo de arena esparcida, y la visión se perdió entre las nubes.





9 Diciembre.

¿Qué hago aquí? Verdaderamente empiezo á avergonzarme de mi inacción... Hoy necesitaba hacer pan, pero no he tenido valor para ello. Todos esos pormenores, en los cuales encontraba placer — como les pasa á los reclusos, á los solitarios, á los egoistas

disfrazados—ahora me parecen despreciables.

Heme aquí completamente curado; sólo siento algunos dolores los días de mucho frío.

Ya no tengo derecho á permanecer en la Ermita. Mi sitio está allá abajo, en las trincheras, con los demás... Pero ¿cómo arreglármelas para unirme á ellos? Parece que el sitio es muy riguroso y que los centinelas están á tiro de fusil unos de otros.

¡Si al menos tuviera un compañero, alguien del país que conociese estos caminos! Pienso en Goudeloup. No debía haber dejado que se marchase. ¿Quién sabe dónde estará ahora? Tal vez colgado de un árbol, en cualquier encrucijada del bosque, ó muerto de frío en el fondo de una cantera.

Sin embargo, la otra tarde, por la parte de los Meillotes, oí un grito, nada más que un grito, pero horrible, largo, desesperado, como un sollozo, y en seguida me dije: "¡Ahí está Goudeloup!..." Sí, ese hombre es

un asesino. Pero al menos hace algo; satisface groseramente una necesidad de venganza, de justicia, que siente dentro de él. Yo, yo como, me caliento, duermo.

¿Cuál de nosotros dos es más despreciable?

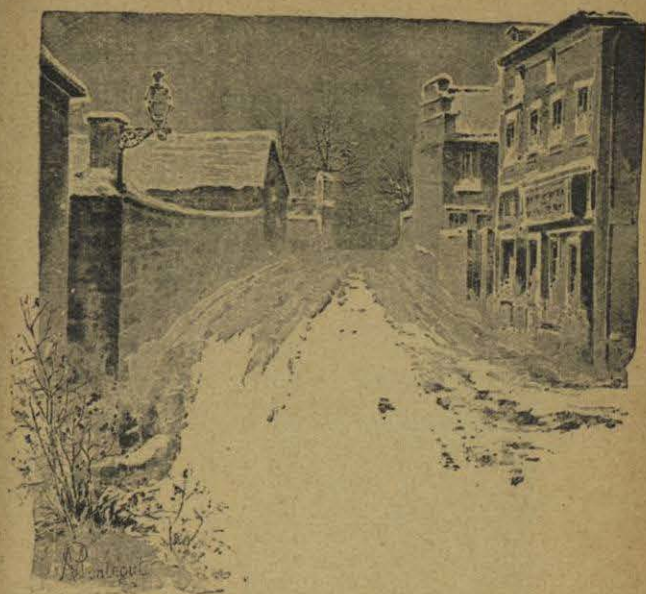




He encontrado una paloma.



He encontrado una paloma.



10 Diciembre.

He vuelto á Champrosay con un frío terrible. Las casas del camino, con todas las puertas y ventanas cerradas, parecían mendigos. He visto de nuevo el parque, el pabellón del estanque y el sonriente retrato que lo habita. El frío no había aterido aquel semblante tranquilo ni los suaves tonos de su traje de verano. Pero la mirada me ha parecido más severa, como si me reprocha-

ra algo. Desde la puerta comprendí que no se me recibía bien; la cerré, bajé la escalera, cubierta de musgo... Y toda la noche me ha perseguido aquella límpida mirada...



11 Diciembre.

Esta mañana, al ir á levantar los lazos para cazar liebres, que tenía puestos en lo último del jardín, encontré una paloma. La cosa me asombró.

Las palomas caseras no se posan nunca en los edificios deshabitados, y hasta ahora no había cogido nunca aquí más que tórtolas de las que andan por el bosque.

Esta era una paloma domesticada, bastante grande, con las patas y el pico muy son-